

Feinmann, José Pablo. *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*, Buenos Aires, Ariel, 1998, 362 páginas.

---

La violencia política como objeto de análisis y de crítica ya ha sido abordada por el autor en sucesivos artículos publicados en el diario *Página 12*, e incluso en su exitosa obra de teatro *Cuestiones con Ernesto Che Guevara*.

En este nuevo libro, Feinmann retoma el tema e incorpora algunos de los mencionados artículos pero como apartados de una obra integral.

Tal como lo expresa en el prólogo, el ensayo tiene tres partes y una serie de conclusiones finales. Las notas ubicadas al final de cada sección permiten enriquecer los conceptos o ampliar la información que el autor va desarrollando en su obra.

La Primera Parte se titula “Crítica y violencia”. Aclara que el concepto de crítica que va utilizar no tiene el sentido cotidiano de *refutación* o *impugnación*, sino el significado kantiano de *conocimiento de algo, sus alcances y límites*. A esto le suma el sentido marxiano de *distanciamiento, desenmascaramiento, ruptura con un orden dado* como condición de posibilidad de cualquier juicio crítico. Criticar la violencia es entonces conocerla, analizar cada una de sus facetas, pero a la vez distanciarse de “una sociedad que ha ahogado cualquier posibilidad de crítica”. Feinmann formula luego algunos de los interrogantes que tratará de responder a lo

largo de la obra: si vivimos en un orden social que genera violencia e injusticia (muerte, hambre, marginación, exclusión, etc.), “¿Cómo luchar contra ese orden? ¿Cómo impugnarlo? ¿Con la violencia? ¿Oponiendo una violencia justa a una violencia injusta?” y en última instancia “¿cuáles son las condiciones de posibilidad de una violencia justa?”.

Según el autor, el siglo XX ha sido un siglo de fracasos: fracasó el nazismo, el comunismo y el liberalismo de mercado que se asume como victorioso y superador de regímenes autoritarios en este fin de siglo. Esto no implica tener una visión pesimista del futuro, pero las esperanzas de construir un mundo mejor requieren que las ideas que condicionaron el fracaso y los horrores que produjeron deban “no sólo explicar ese horror sino —muy especialmente— lo que ofrecen para evitar su repetición”.

A Feinmann le interesa sobre todo analizar aquellas teorías o concepciones que dieron sustento ideológico al desarrollo —por derecha y sobre todo por izquierda— de la violencia política en nuestro país, pero buscando distanciarse permanentemente de la “teoría de los demonios”.

De este modo Feinmann hace referencia al *Mein Kampf* de Hitler que inspiró a los fascistas argentinos, desde Lugones e

Ibarguren hasta Videla. Y luego a los textos de Perón, sobre todo *Apuntes de Historia Militar*, cuya relectura “se torna indispensable para una reflexión sobre las modalidades de la violencia en la Argentina”.

Inspirado en Clausewitz, Perón identifica guerra y política; así las expresiones y los conceptos militaristas de Perón influyeron de manera decisiva en la izquierda peronista, que encontró en los conceptos de *nación en armas* o *guerra prolongada* buena parte de su justificación teórica para la práctica revolucionaria.

Sumados a los escritos de Perón, la inspiración ideológica de la izquierda peronista se encuentra también en la teoría de la dependencia expresada en *Los condenados de la tierra* de Franz Fanon, en la teoría del foco insurreccional del Che y el vanguardismo que termina extraviando el pensamiento de Marx. El autor los analiza de manera clara y didáctica en distintos apartados para continuar con su explicación de la violencia y los fracasos políticos de una militancia argentina que, como lo expresaban sus consignas, no aceptaba términos medios: “Patria o Muerte”, “Perón o Muerte”, “Libertad o Muerte”.

Pero Feinmann no sólo se detiene a analizar textos o teorías, sino que nos remite constantemente a los hechos, y en articulación con los conceptos, lograr su interpretación: así vemos cómo los Montoneros se dan primero en una política de masas (más cerca todavía de las ideas de Cooke que de las del Che), enfrentan luego a Perón, asesinan a

Rucci, y se van aislando de un pueblo peronista que nunca llegaron a conocer. Los Montoneros pasan después a la clandestinidad y van creando con acciones armadas (entra en juego la teoría fanoniana de “cuanto peor mejor”) el marco justificatorio que necesitan la Triple A primero y luego los militares para desatar una violencia demencial no sólo contra los grupos armados sino también contra los militantes de masas. Feinmann sigue aquí la interpretación de Rodolfo Walsh: la lucha contra la subversión fue una excusa, “su propósito fue entregar a la sociedad argentina a las garras de la economía de mercado. La Argentina debe al capitalismo el mayor horror de su historia”.

Su crítica de la violencia continúa luego con un análisis del terrorismo de Estado en Argentina, seguido por profundas e interesantes reflexiones sobre la tortura. Y antes de dar término a esta primera parte, Feinmann nos remite al atentado de la AMIA para referirse a la presencia del mal: “No es posible pensar el siglo XX sin replantearse la idea del mal. No es posible replantearse la Argentina sin replantearse la idea del Mal”. El autor sostiene que el mal tiene un componente de racionalidad (la bomba de la AMIA o los campos de concentración son concebidos desde una fría racionalidad) y un componente de odio que surge de los fundamentalismos como sistemas cerrados de ideas que niegan las ideas de los otros. De esto modo abren la posibilidad del mal y de allí se concluye que lo opuesto a los

fundamentalismos sea la democracia porque es un sistema que no niega la verdad del otro y su posibilidad de expresarla.

La incompreensión de las razones del otro y la utilización de la violencia como medio de solución de los conflictos tienen sus antecedentes en nuestro país en el siglo XIX; de allí que Feinmann en la segunda parte — titulada “Relatos de un país violento” — escriba una historia argentina del siglo XIX que toma como eje la violencia y sobre todo asesinatos y fusilamientos que han tenido lugar al comienzo de distintas etapas de la misma.

En primer término el autor se refiere al fusilamiento de Santiago de Liniers. Responder a la pregunta “¿por qué fue fusilado Liniers?” nos remite a una pregunta anterior: “¿qué fue la Revolución de Mayo?”.

Feinmann, siguiendo a Alberdi, afirma que con Mayo se termina el coloniaje español, pero se abre un proceso de colonialismo interno hegemonizado por Buenos Aires que asume el papel de Estado-metrópoli.

Los jacobinos de Mayo (Moreno, Castelli, etc.) sostenían que una revolución no es tal si no se hace con sangre y violencia, y estaban dispuestos a todo para la consolidación del nuevo Estado. Así, Liniers se les opone desde Córdoba y es fusilado.

Pero Liniers es víctima también de los cambios políticos y económicos que se van produciendo en el mundo en ese momento histórico. Para explicar esta situación Feinmann utiliza un término muy en boga en estos días: “globalización”. Liniers como

representante de la vieja y decadente globalización española es derrotado por la moderna y progresiva globalización anglo-francesa representada por los hombres de Mayo. Esto lo lleva al autor a concluir que Mayo, a pesar de su modalidad violenta, no representó un verdadero cambio revolucionario, sino “pasar de una órbita de dominación arcaica a una órbita de dominación progresiva”.

La hegemonía de Buenos Aires sobre el interior inaugurada en Mayo dará lugar a sucesivos hechos de violencia y venganza. Así Dorrego, un federal convencido que pretende como gobernador llevar adelante una política de integración entre Buenos Aires y las provincias, es derrocado por Lavalle y luego fusilado. Dicho fusilamiento le abre las puertas al primer gobierno de Rosas; en palabras del autor “Rosas aprovechará la sangre que derramó Lavalle para justificar su propia violencia, su propio orden represor, su propia sangre derramada”.

Si Rosas inaugura su primer gobierno presentándose como vengador de Dorrego, en el segundo se presentará como vengador del asesinato de Quiroga. Feinmann se extiende largamente en la trayectoria política y militar del caudillo riojano antes de indagar en las causas y los responsables de su asesinato. El autor sostiene que hay razones para pensar que el autor intelectual es Rosas, aunque no está suficientemente probado; pero mas allá de eso concluye:

*Lo cierto es que a Facundo lo asesinó la situación del país en 1835. Lo asesinó la impunidad del asesinato de Dorrego. Siempre que hay una situación de impunidad, esta situación abre la posibilidad de nuevos crímenes.*

Posteriormente otro caudillo que abraza la causa federal es salvajemente asesinado: Chacho Peñaloza. Que pretende continuar la lucha que había abandonado Justo J. de Urquiza, el hombre sobre el que se depositaban todas las esperanzas del interior frente al centralismo de Buenos Aires. Según Feinmann los asesinos del Chacho son el progreso y la civilización, que en su avance resultan ser implacables e impiadosos. Sarmiento, que aplaudió la muerte del Chacho, prestó su pluma para dar fundamento a las matanzas de indios y gauchos en nombre del progreso; por esto Busaniche —recuerda Feinmann— lo llamó *progresista homicida*.

Además del Chacho, hay otros federales duros que se sienten traicionados por Urquiza, y lo asesinan en su Palacio de Entre Ríos. Según el autor, Urquiza abandona la causa de las provincias porque es un estanciero entrerriano que al igual que el resto de su clase mira más hacia Europa que hacia el interior, y como Buenos Aires le asegura ser un socio menor con buenos negocios, ya no tiene razones para continuar esa contienda. Esto lo llevará a la muerte, y a que la organización del país quede exclusivamente en manos de Buenos Aires pero con la contribución de las provincias: “Son los provincia-

nos Sarmiento (sanjuanino), Avellaneda (tucumano) y Roca (también tucumano) quienes realizan la organización centralista y macrocefálica del país. Argentina entra en la etapa de su modernización. Es una modernización satélite, periférica. Argentina es al Imperio Británico lo que Urquiza terminó siendo a Buenos Aires: un socio menor, muy menor, casi mendicante”.

Sobre el final Feinmann afirma que se hubieran evitado muchas muertes en la organización nacional si quienes apostaban a la civilización hubieran tenido en cuenta el punto de vista de Alberdi: modernizar el país sin caudillos pero incluyendo a las mayorías populares del interior. Pero “la modernización del país fue para pocos (...) fue profundamente antidemocrática. Por tal motivo, fue profundamente violenta”, concluye el autor.

Antes de referirnos a la siguiente sección de este ensayo, es interesante señalar las analogías, paralelismos y comparaciones que el autor va trazando con hechos, textos o personajes de nuestro siglo: así por ejemplo, Guevara es un jacobino que administra justicia en Cuba como Moreno en la Revolución de Mayo, *El Matadero* de Echeverría es a la época de Rosas lo que *La fiesta del monstruo* de Borges y Bioy Casares es al peronismo, Rosas justifica su dictadura con la “teoría del enemigo interno” al igual que los militares del Proceso, la Mazorca de Rosas en el antecedente de los “grupos de tareas” de Videla; y esta otra más discutible que

pertenece a la izquierda peronista de los setenta: Perón traicionó a los Montoneros en el siglo XX como Urquiza en el siglo XIX.

Vayamos ahora sí a la Tercera Parte, titulada “La violencia y el sentido de la Historia”. Allí Feinmann se interna en las ideas de Hegel y Marx acerca del sentido finalista de la Historia. En Hegel la Historia es el desenvolvimiento dialéctico de la Razón que encuentra su culminación y realización objetiva en el Estado Prusiano; de este modo Hegel justifica con su teoría el triunfo de la Santa Alianza sobre el ejército napoleónico que representa el despliegue desbordante de los principios de la Revolución Francesa. Según el autor, la mencionada revolución es un gesto irreverente de la modernidad que les devuelve a los hombres la certeza de que son ellos los que hacen la Historia y no Dios, o los reyes como representantes de la voluntad divina. La Santa Alianza vuelve todo a su cauce “normal” y proclama el fin de la Historia, de la misma manera que hoy lo hace el neoconservadurismo después de la caída del Muro.

“Si la Historia continuó *entonces* (revoluciones de 1830 y 1848), nada impide conjeturar que no continuará *ahora*”, concluye Feinmann.

Marx, por su parte, siguiendo a Hegel, también entiende a la Historia como un proceso dialéctico progresivo, pero que se expresa en la sustitución de viejas formaciones socio económicas por otras nuevas; este proceso que es necesariamente violento y se des-

envuelve mediante la lucha de clases culminará por instaurar una sociedad igualitaria. Esta utopía fue el “garantismo metafísico” de la izquierda: “hay algo que aguarda en el futuro, algo por lo que habrá que pelear, algo que no podrá sino realizarse”.

Pero muertas las ideas de revolución y de dialéctica, esenciales en la cultura de la izquierda, ¿puede reconstituirse la izquierda sin ellas? El autor propone, siguiendo a Bobbio, una izquierda “antiutópica”, es decir, que luche contra las desigualdades pero ignorando si la Historia marcha necesariamente hacia un futuro mejor. Esto a su vez requiere constituir un sujeto crítico que sin “utopías garantidas” tampoco acepte la Historia como algo azaroso e inapresable.

Según Feinmann “los garantismos metafísicos” son formas de introducir a Dios o lo absoluto en el pensamiento. Es en nombre de este absoluto (que puede llamarse Patria, Razón, Religión, etc.) que se han justificado muchos actos de violencia. De lo que se trata entonces es eliminar los absolutos (lo cual permitiría el reconocimiento del otro) como camino para evitar la violencia.

En los siguientes apartados el autor reflexiona sobre la pena de muerte y la guerra, y luego se refiere a la violencia a las puertas del 2000. Afirma que el panorama de fin de siglo, derribadas las visiones optimistas de la Historia, no parece ser muy alentador; sin embargo, frente al hombre desencantado de la posmodernidad que ve pasar la Historia desde los *mass media*, habrá que oponer el ya

mencionado sujeto crítico que le devuelva a la Historia una causa por la cual luchar.

En las Conclusiones, cuyo título es “Democracia y violencia”, reafirma algunas ideas y puntos de vista expresados a lo largo del ensayo. Y sostiene, que frente a la injusticia y la violencia que se ejerce desde el poder, se deben abrir nuevos caminos de resistencia alejados de la violencia y la venganza, como los ya inaugurados por los organismos de derechos humanos y las *marchas del silencio* del pueblo catamarqueño que luchan por la justicia dentro de la democracia.

En síntesis, la obra de Feinmann ofrece importantes elementos para la reflexión con propuestas para otro futuro posible, alejado de los “garantismos” y del desencanto acrítico que pretenden imponernos en este fin siglo.

Cabe agregar además que por su claridad y sencillez puede convertirse en un interesante material didáctico para leer y debatir en las aulas de enseñanza media, no sólo en Historia contemporánea o argentina, sino también en Filosofía para abordar una problemática actual como es el debate modernidad-posmodernidad.

Claudio M. Arca

Universidad Nacional de La Plata